Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina — Higiene — Biología

HIGIENE BIOLOGICA

Por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido universales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos.

PRECIO: TRES PESETAS :-: De venta en todas las librerías

Editorial Guerri Colectivizada. - Valencia

La semana literaria popular

30 cts

Nº 4

Magnífica colección de 40 cuadernos, que constituyen otros tantos episodios de las extraordinarias aventuras de un grupo de exploradores franceses que dan la vuelta al mundo en reñida competencia con otro grupo de exploradores ingleses. :: ::

El As de los Boy-Scouts

Por Jean de la Hire

He aquí los sugestivos títulos de los episodios.

1. El correo aéreo.—2. El auto sitiado.—3. El deporte diabólico.—4. La clave del misterio.—5. La reina de los «tuareg».—6. Las fieras del lago Chad.—7. Los últimos antropófagos.—8. Un radiograma extraño.—9. El drama etiópico.—10. Regatas interesantes.—11. El misterio del Titán.—12. La aventura india.—13. El rubí viviente.—14. Los piratas chinos.—15. El tesoro de los mogoles.—16. La lucha por la vida.—17. El terrible Ojo de Lince.—18. En el país de los osos.—19. La ciudad misteriosa. 20. El navío maldito.—21. Los robinsones polares.—22. Los rivales de Amundsen.—23. El abrazo polar.—24. En el fondo del mar.—25. El duelo supremo.—26. La inmensa tragedia.—27. La venganza de los thugs.—28. La banda de los proscritos.—29. El saco maldito.—30. La choza aérea.—31. Hermoso desquite.—32. La corriente interoceánica.—33. El ataque de los patagones.—34. Los cautivos.—35. El fantasma y el solitario.—36. Los delfines del Orinoco.—37. Los revolucionarios mejicanos.—38. Las caperuzas grises.—39. La reanudación de un «match».—40. Bajo el Arco del Triunfo.

LECTURA INSTRUCTIVA Y AMENA PARA LA JUVENTUD. :: :: :: ::

Por episodios sueltos: 30 céntimos ejemplar. —::— Colección: 10 pesetas.

Pedidos a Editorial Guerri, colectivizada. — Valencia

La semana literaria popular

II Epoca N.º 4	Revista ilustrada — — Aparece los Sábados Redacción y Administración: Avenida de Jacinto Benavente, 20. — Valencia	3 Abril 1937

El rey cretino

El rey Cretino tiene un jardín,
el jardín fúnebre de sus Estados,
y en el confín
la plazoleta de los ahorcados.

Ama a las mozas el rey Cretino,
le gusta el vivo carmín del vino;
ama la gula y ama el dinero;
pero prefiere las verdes cruces del quemadero.

Las verdes cruces dicen el sitio
de las hogueras
donde murieron achicharrados los heresiarcas,
que el rey no quiere que haya hechiceras
ni haya quien niegue los rancios ídolos,
en sus comarcas.

Si sopla el viento
en la glorieta de los ahorcados,
cual viejos péndulos de ritmo lento
baten los cuerpos acompasados.

Y en las vernales noches tranquilas,
cuando la vida de los nidales vibrar se siente,

bajo la luna, son sus pupilas
de viva plata fosforescente.

Cuando la roja musa del vino
enciende el alma del rey Cretino,
va a ver, seguido de sus queridas y sus soldados,
la plazoleta de los ahorcados.

Son los que alzaron contra los vulgos su rebeldía,
los que sintieron deslumbramientos de poesía;
pasto de cuervos son ya sus turbios ojos vidriados,
que el rey no quiere que haya poetas en sus Estados.

El rey no quiere que haya poetas;
a los que cantan el rey flagela con ruda mano.
¡Qué nadie turbe las aguas quietas
de su pantano!

El rey no quiere que haya filósofos ni redentores,
los que predican el luminoso credo sincero,
que no haya sabios ni haya inventores;
y el rey Cretino es el monarca del mundo entero.

Tras los festines, tejen su danza
las bailarinas de pies alados,
y neciamente las crasas manos sobre la panza,
el rey Cretino tiene los ojos siempre cerrados.

Y eternamente los pobres locos del ideal,
los que en el alma llevan un mago sueño divino,
se balancean, bajo amarilla luna espectral,
en la glorieta de los ahorcados del rey Cretino.

EMILIO CARRERE

La Dote

POR MARIO MARIANI

De no haberme golpeado ligeramente con la mano en el hombro, y de no haberme llamado por mi nombre, no le habría reconocido. Tenía el rostro ligeramente oliváceo, la córnea del ojo amarillenta, los labios abultados y salientes de los europeos que han vivido largamente en climas ecuatoriales. Y todo ello, a pesar de que sólo faltaba de Italia cuatro o cinco años.

—¡Barra!... ¿Eres tú?...

—Yo soy. ¿No me reconoces, diablo?

—Estás cambiado... Tienes un tinte broncíneo... Pareces un mulato...

—Ha sido el sol de la pampa... ¿Recuerdas cuando estábamos en la misma compañía? Pasábamos las noches cantando:

L'e stato il sol de la Tripolitania,
ma quello che i color me g'à scan-
[giato.

Yo, una vez terminada la guerra, fuí a estropearme el color un poco más lejos de Tripolitania, a quinientos kilómetros de Nueva Orleans, en las orillas del Misisipí...

—¿Y qué has hecho allí?...

—Si quieres, te lo explicaré; pero no creo que me comprendas gran cosa... Soy productor de pulque y gano medio millón al año emborrachando a los mestizos... Es más: he vuelto a Italia para estudiar si puede producirse el pulque en Sicilia, cosa que no me parece difícil... ¿No sabes qué es el pulque? La verdad es que hace cinco años aún no lo sabía yo, y ahora lo saben mucho mejor que yo mis *llachiqueros*. El *llachiquero* es una especie de campesino; pero algo distinto de nuestro campesino. Monta a caballo, corta en dos las serpientes, coge en trampa los jaguares, y echándole un lazo a la pierna posterior izquierda, para un potro salvaje que pase a veinte metros... Pero estas cosas ya las habrás leído en las novelas de Emilio Salgari o de nuestros escritores exóticos, que valen menos que él y que las películas norteamericanas...

—¡Bien! Explícame la historia del pulque...

—Pues el pulque es una bebida refrescante y regocijante, menos nociva que nuestro vino y nuestros licores. En Europa son pocos los que conocen la existencia de tal bebida; pero hay cien millones de americanos que la consumen con voluptuosidad. Se extrae del ágave, del mismo ágave americano, o más propiamente "salmiana", que crece en toda la Italia meridional, y más especialmente en Sicilia. Los sicilianos saben aprovechar la hoja del ágave. Con la fibra hacen cuerdas y asientos para sillas. Pero aun no han aprendido a aprovechar el fruto. Cuando el ágave americano fué importado a Europa, tomó el nombre de áloe de cien años, porque se le confundió con el

ágave africano, que según se dice, florece cada cien años. En cambio, el ágave de que yo hablo florece cada cuatro o cinco años. El botón de donde debiera salir la flor y luego el fruto, es cortado por los indígenas de una manera especial, con lo que se forma una hinchazón hueca llamada "mezontle" y también taza cuando ya ha sido cortado. En la taza se recoge toda la linfa que hubiera debido nutrir la flor y rellenar el fruto. Afluye durante meses y meses. Y los llachiqueros van todos los días con una pequeña pipa llamada acocote y vaciar las tazas del precioso líquido blanquecino y dulzón que llaman aguamiel. El aguamiel, recogido en recipientes a propósito, es transportado al tinarol o bodega de la finca donde se le hace fermentar con muchas operaciones especiales. El licor así obtenido contiene de cincuenta a setenta y cinco grados de alcohol, y mientras no envejece resulta agradable hasta para un paladar europeo. Luego, al seguir fermentando en los recipientes y las botellas, toma un sabor ácido que no me gusta... Pero todo esto no puede interesarte mucho... Solamente quería explicarte que el "octly", como le llamaban los aztecas que ya le conocían, o el pulque, como le llaman los mejicanos, o el "mezcal", como se le llama en el resto de América del Sur, puede perfectamente enriquecer a un italiano que no sepa qué hacer en su patria. Cuando llegué allí compré plantaciones jóvenes y luego planté por cuenta mía... Hoy se ha escalonado ya la rotación, y todos los años tendré cosecha... Empleo cien llachiqueros, tengo cuatro bodegas, dos administradores, un despacho en la ciudad de Méjico y otro en Nueva Orleans y viajo por Europa para divertirme...

—Pero tú no tenías ninguna necesidad de ir en busca de fortuna... Tu repentina marcha fué una sorpresa... Parecía cosa de novela... Perdona si renuevo el viejo dolor...

Rina Barra, desde la terraza del "Miramar" de Génova, donde nos habíamos encontrado al cabo de cinco años contemplaba cómo humeaban en el puerto las chimeneas de los vapores a punto de partir. Ante la alusión que se me había escapado involuntariamente, se estremeció, lanzó el cigarrillo que tenía entre los dedos, acercó su mecedora a la mía, y mirándome a los ojos me dijo:

—¿Se habló mucho de eso?... ¿También tú me juzgaste mal?...

—¿Yo?... Yo nunca juzgo a nadie... Cuando más, procuro comprender... Y en tu caso no pude comprender nada... Corrieron tantas habladurías... Cada cual quería decir la suya.

—¿Y a qué conclusión llegaron?... Eres el primer amigo a quien encuentro... Llegué ayer... Hace cinco años que no quiero tener relaciones con el viejo mundo... Comprenderás, pues, mi curiosidad...

—Pues se acabó juzgando mal a ella, no a ti...

—¿Quién es ella?

—Velia, tu mujer...

—¡Oh!... ¡Imbéciles!... ¡Imbéciles!... ¿Por qué?...

—Verás... No es muy natural que un joven se case con una chica guapa hija de un millonario y escape hacia América al cabo de quince días de matrimonio... Donde no hay un interés pecuniario, se busca un interés moral... La gente supuso que Velia no era...

—¡Qué brutos!... Me hubiera dado cuenta el primer día...

—Cierto, cierto... Pero era la única explicación plausible...

—Precisamente porque era la única explicación plausible no es la verdadera. Velia es una criatura deliciosa, y era entonces una santa. Meditando sobre muchos casos de la historia y de la vida tanto mía como de los demás, he acabado convenciéndome de una máxima paradójica: Todo lo que es lógico no es verdadero. Eso del materialismo histórico me resulta una solemne paparrucha... Tras el asesinato de César, cualquiera hubiese previsto el triunfo de Bruto y el reverdecimiento de la República. Pero nació el Imperio. Luego de Marengo todos pensaron en Europa que Bonaparte fundaría una dinastía; pero su hijo murió en Schoenbrunn, tísico por sus relaciones con las horizontales vienesas. La única nación que hace siete años no parecía, en modo alguno, a propósito para intentar un experimento socialista era Rusia, que, sin embargo, ha sido la única que lo ha intentado. Si en 1919 se hubiera atrevido alguien a afirmar que Italia no sería una república social al cabo de seis meses, se le hubieran reído en sus barbas hasta los prefectos y los "carabinieri"; pero en 1920 Italia se puso a la cabeza de la reacción europea, y le dió un nombre que ya es internacional: Fascismo.

Pregunté a William Mac Ferney, que hace diez años ganaba seis dólares a la semana y hoy posee diez millones de dólares, cómo se consigue una fortuna y me dió esta fórmula: Estudie un asunto con arreglo a la lógica y a la aritmética, y luego obre contrariamente a las conclusiones que la lógica y la aritmética le hayan dictado.

Mira... Cuando llegué a Méjico llevaba doscientas mil liras en el bolsillo; una tontería para aquel país. Ni en Europa ni allí piensa nadie en invertir el capital en una empresa que sólo rinde al cabo de cinco o seis años. Esa es la razón de que sean pocos en Italia los que planten chopos del Canadá, los cuales, al dar la pasta de madera, rinden más que la vid y los cereales; pero necesitan diez o doce años para crecer... Los negocios a largo plazo son cosa de Bancos, de entidades, de Gobiernos. Sin embargo, yo compré jóvenes plantaciones de ágave por valor de doscientas mil liras y contraje deudas para comprar otras... Pero a los cinco años, la primera cosecha me compensaba de cinco años de locura.

En la vida todo es ilógico... Y el juicio de los hombres casi siempre resulta errado... Te repito que Velia es una santa...

—Lo creo... Además, lo demuestra su comportamiento luego de tu fuga, comportamiento que ha sido irreprochable.

—¡Pobre muchacha!

—¿La querías de veras?...

—¡Sí!

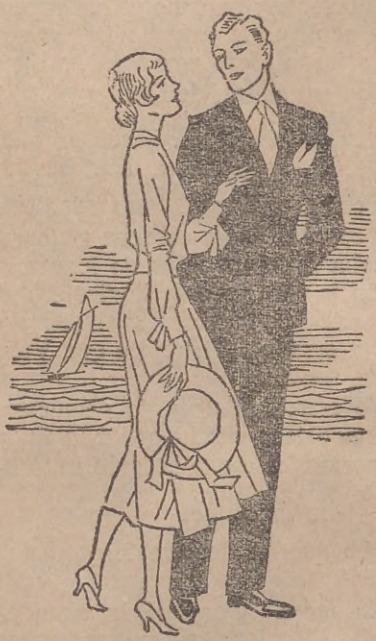
—Entonces, ¿por qué la abandonaste?... Perdona si te repito una pregunta que en aquella ocasión hicieron todos... Pero desde el momento en que declaras falsa la única explicación plausible, debes comunicarme tu explicación si no te molesta renovar algún dolor...

—No es cosa fácil esa explicación, porque la historia de mi matrimonio no se cuenta en dos palabras... Es, sobre todo, la historia de un estado

de ánimo... De todos modos lo intentaré.

Encendió un cigarrillo, se arrellanó cómodamente en la amplia mecedora y comenzó:

—Mi novela pudiera titularse "La postguerra de un joven pobre" o "Las hijas de los ricachones". Escoge. Ya sabes cómo volvimos de la guerra. Con el uniforme destrozado y más agujereado que la piel y con



pocos céntimos en el bolsillo. Las dificultades burocráticas y, sobre todo, financieras del Estado impidieron que los más consiguieran la prima de desmovilización.

"Yo fuí uno de los menos desgraciados, porque mi padre tenía algo suyo y siempre había trabajado. Sin embargo, en cuanto me di con mis zapatones de capitán de alpinos en las calles de Milán, tuve la sensación de salir de Málaga para entrar en Malagón. Te aseguro que hubo días en que eché de menos los infiernos del Freikofal, del Pasubio y del Monte Negro, y sentí la nostalgia de las galerías de nieve y de las trincheras.

"Mi padre había muerto durante la guerra, dejando su fábrica de compases y de hierros quirúrgicos a un tenedor de libros que había robado a malsalva y embrollado de tal manera la madeja de la contabilidad, que resultaba imposible que nadie comprendiera nada. Mi madre, inmediatamente después del armisticio, presintiendo mi regreso y mis reproches, había escapado, no obstante sus cuarenta y dos años, con un explotador de guantes amarillos, no sin antes haber vendido la casa llevándose todo el dinero que pudo. No la condené; durante la guerra, el alejamiento de cinco millones de hombres ha hecho cometer a las mujeres tantas tonterías, que han legitimado la sospecha de que realmente discurren con la parte menos noble del cuerpo. Luego, su amante se casó con ella... Así es, que se ha salvado el honor del apellido... A mí, que no quiero ni oirlos nombrar, no me han molestado más... Que se diviertan...

"En cuanto hube examinado los registros de la hacienda heredada me di cuenta de que para reanudar los negocios, hacer frente a los compromisos y prepararse para superar la larga crisis que ya había estallado, necesitaba lo menos dos o trescientas mil liras en dinero contante y sonante. De no ser así tendría que venderlo todo, renunciar a mi oficio, irme, emigrar...

"Te aseguro que pasé unos me-

ses terribles. No sabes lo espantosa, sorda y pesada que es la lucha que se debe sostener para pagar todos los sábados tres mil quinientas liras de jornales a los obreros, cuando no se tiene ni dinero ni crédito, y cuando los deudores no pagan, como si sin decreto alguno se hubieran puesto de acuerdo para declarar una moratoria nacional. En 1919 y 1920, sin contar los años posteriores, en Italia te devolvían facturas sin pagar sociedades que, al parecer, poseían millones y se dejaban protestar vergonzosas letras de cambio hombres que, aparentemente, tenían una posición solidísima. Vamos: una verdadera suspensión, *sine die*, de pagos con carácter general. Y si te dirigías a los tribunales para obtener una sentencia ejecutiva, podías tener la seguridad de que el deudor, sin esfuerzo alguno, daría al procedimiento judicial cuantas largas creyera conveniente.

"Así es, que dadas las normas imperantes por aquel entonces en el comercio italiano, no era posible, en modo alguno, vender la nueva producción en unas condiciones medianamente aceptables. ¿Qué solución me quedaba? Deshacerme de la fábrica en que mi padre había trabajado treinta años y en la q' había crecido yo. Pero deshacerme por una compensación irrisoria en un momento en que la fábrica estaba llena de gravámenes.

"En noviembre de 1917 me encontré herido con siete hombres desarmados de mi pelotón y escondido en una bodega cerca de Pordenone, cuando los austríacos estaban ya en el Piave. Entonces hubiera preferido matarme antes que quedar prisionero. Pero conseguí milagrosamente atravesar el río por Nervesa. Año y medio después, en mayo de 1919, me encontré un sábado en mi despacho con cuarenta y dos mil liras de efectos en vencimiento sobre la mesa, y con veintidós obreros en la fábrica a quienes había de pagar a la hora del cierre. Muchas veces he comparado ambas situaciones y siempre he considerado más espantosa la segunda.

"A pesar de todo, en julio de aquel año infernal, conseguí escapar diez días a Viareggio. Me parecía que los baños eran necesarios para mis heridas y, además, había de encontrarme en Viareggio con un banquero milanés que me hacía pagar el once por ciento de intereses; pero me ayudaba a vivir con oxígeno.

"En Viareggio conocí a Velia. También me fué presentado de paso su padre, que se dedicaba a ser un Napoleoncete financiero, y andaba arriba y abajo entre Milán y Viareggio con un enorme "Lancia", preocupado, resoplante, arrancando cheques, redactando telegramas, repartiendo órdenes y broncas, jugando formidables partidas de "pocker" y comprando, comprando, comprando... Diríase que tenía la intención de comprar Italia entera.

"El señor Galeffi se había enriquecido durante la guerra proveyendo al Estado de alambre, maquinaria, proyectiles, zapatos y comestibles; pero a pesar de sus millones, que se calculaban en seis o siete, continuaba siendo un burguesote ignorante, a quien la riqueza solamente había dado un poco de antipática petulancia. Y desde el primer momento me fué mortalmente antipático.

"En cambio, su hija me resultó

en seguida extraordinariamente simpática.

"No es menester que te la describa, porque ya la conoces. Lo que más me gustaba en toda su esbelta figurita de muchacha nacida para el tango y el "tennis", fué su sonrisa de virgencita enferma, una sonrisa que contrastaba con la firme salud del cuerpo y lo redondo de su cara de campesina de los Abruzzos. En Milán estaba reputada como la más bella señorita de la nueva aristocracia del dinero, y creo que tenían razón. Luego pensé que aquella agradable sonrisa de extasiada felicidad que la asemejaba en ciertos momentos a una "Esperanza" de Gabriel Rossetti, era la sonrisa de su alma. En las pocas y no largas conversaciones en que nos encontramos mezclados pude observar en ella, asimismo, una rectitud moral que me pareció casi viril; pero me abstuve de tratarla demasiado, porque quien no estima a su propia madre difícilmente se decide a querer a otra mujer, y porque, además, no quería confundirme con los dos o trescientos pisaverdes, cazadores de dotes, que le iban al retortero, deshaciéndose en adulaciones, zalamerías y bajezas.

"Yo, aunque navegaba por aguas muy turbias, no tenía ninguna intención de librarme de la miseria con uno de esos innobles matrimonios por interés que todos justifican y que yo no he justificado nunca.

"Pero el hombre propone y Dios dispone. Una noche procuró quedarse a solas conmigo e hizo que la acompañara a lo largo de la playa, por espacio de un kilómetro. De pronto, sin preámbulo alguno, me dijo:

—Oiga, Alvisi... Dígame la verdad... ¿Le soy antipática?...

—¿Por qué?... Nada de eso. Al contrario...

—Sin embargo, hay cierta hostilidad en su actitud para conmigo... ¿Quiere prescindir ahora del tono de sociedad?... ¿Quiere hablarme sinceramente, como si fuéramos dos viejos amigos?...

—Con mucho gusto.

—Pues bien... Yo soy muy observadora... Como no tengo nada que hacer, estudio con cierta atención lo que ocurre a mi alrededor... Cuando usted habla con otras señoritas, le veo desenvuelto, desenfadado, espiritual... Cuando me dirige la palabra, se enfría... Una cortesía helada, unos modales reservados... Y me gustaría saber los motivos de ese trato distinto. Ya sé perfectamente que los nuevos ricos no disfrutamos de las simpatías de nadie. Nos desprecian mucho..., aunque sólo sea porque nos envidian; pero yo no puedo suponer en usted una villanía de esa clase... Así es, que los motivos de su reserva para conmigo no pueden ser más que dos: o usted no quiere, por orgullo, mezclarse a la turba de zánganos que me rondan, cosa que le honraría, o no le gusto, cosa que me disgustaría...

—¿Por qué le disgustaría?

—¿Por qué?... Es fácil comprenderlo... Las muchachas, con tal de huir de los barbilindos, somos capaces de echar a correr, con la fantasía, detrás de los hombres de cuarenta años... Buscamos un hombre... como Diógenes... Es tan difícil encontrar un joven que sea un hombre, que los contados ejemplares que hay en circulación son muy disputados. Usted tiene veinticinco años y ya es

un hombre... Yo sé muchas cosas de usted... Las muchachas nos pasamos el tiempo informándonos minuciosamente de la vida de los hombres que hay a nuestro alrededor... Sé que ha sido herido dos veces y que tiene dos medallas de plata; pero puedo creer que no son las dos medallas lo que me ha impresionado. Podría disgustarme un héroe que sólo fuera héroe; podría disgustarme un hombre de talento que sólo fuera hombre de talento... Me envanezco de ser equilibrada, por lo cual un hombre me gusta si es valiente, si es talentudo y si, además, viste con gusto... y tiene otras muchas cualidades armónicas que, en mi concepto, son preferibles a una sobresaliente.

—¿Y cree usted que yo poseo todas esas cualidades bien armonizazas entre sí?...

—En efecto.

—Muchas gracias. Pero, aun suponiendo que realmente las poseyera, ¿qué podría importarle mi actitud para con usted?

—Muchísimo. Es natural que yo prefiera una palabra amable pronunciada por un hombre que representa, poco más o menos, mi *ideal*, a cien cumplimientos insulsos pronunciados por un idiotillo de tres al cuarto...

—Pues yo he estado siempre muy atento con usted...

—No me he dado cuenta.

—¿Acaso pretendía que le hiciera la corte?

—Quizá...

—¿Quería incluirme en el tropel de esos gansos?...

—¡Ya apareció el orgullo!... ¡Por Dios!... Si en la lucha por la vida, ustedes, los hombres de talento, de carácter, de valor, desdeñan ponerse en competencia con los imbéciles, no vencerán nunca. Y si quieren encontrar una mujer bonita que no esté rodeada por la consabida guirnalda de idiotas, ya pueden buscar, ya...

—Las hay que saben alejar a los imbéciles...

—No en los baños, ni en los salones de los grandes hoteles, ni en las fiestas de baile... ¿Cómo se les va a despedir? ¡Son tan insistentes!... Además, ¿cómo sabríamos que son idiotas si no dejáramos que se acercasen? Por lo demás, le aseguro que no soy nada coqueta...

—No he dicho eso... Pero desde el momento en que hemos ido a parar, sin querer, a una conversación casi seria, inútilmente seria, puede usted darse cuenta de que una posición tan modesta como la mía no me permite hacer la corte a la hija única del multimillonario Galeffi.

—¡Otra vez el orgullo!... Mi padre sabe perfectamente que los asuntos de mi corazón no tienen nada que ver con sus asuntos de dinero. Siempre le he dicho con una firmeza que, para quien me conozca, no deja lugar a dudas, que el día en que me enamore estoy dispuesta a seguir con toda tranquilidad hasta la suerte de un desheredado sin domicilio, prescindiendo por completo de la ira de mi padre y de los llantos de mi madre...

—Pero es que yo no tengo ninguna esperanza de que usted quiera enamorarse de mí...

"Se detuvo, fijó en mi cara sus dos bellos ojos negros, apartó su brazo del mío y me lo puso sobre el hombro. Entre emocionada y burlona exclamó:

—¡Quién sabe!... Probemos...

"Y poniéndose de puntillas me ofreció su boca.

"Te juro que nuestro amor nació así.

"Luego de aquella noche, comprenderás que no podía hacerme atrás. Velia apresuró su vuelta de los baños. Nos veíamos en Milán. Además de todos mis quebraderos de cabeza, tenía el de estar enamorado. Y te aseguro que lo estaba verdaderamente y que ningún cálculo me impulsaba hacia Velia. Era mi primer amor, que crecía ardiente y luminoso como las hogueras de San

Juan. Y, sin embargo, yo luchaba, luchaba desesperadamente para substraerme a mi pasión. ¡Cien veces he maldecido aquella noche de Viareggio! Tan innobles y tan vulgares me parecían los cazadores de dotes, que seis o siete veces estuve a punto de asesinarme el alma y de asesinarla a ella con tal de alejar la sospecha de que iba a confundirme con ellos.

"Velia se confió a su madre, que nos fué hostil poco tiempo. Al ser informado Galeffi, opuso una resuelta negativa a todos los ruegos de su hija. Pidió informes en la Banca y comunicó a su hija que yo era peor que un desesperado; no sólo no contaba con nada, sino que tenía doscientos mil francos de deudas. La fábrica gravada, los acreedores impacientes y la catástrofe a las puertas hacían de mí el menos deseable de los yernos. Ella fué a buscarme sin una lágrima en los ojos. Y me dijo que se quedaba conmigo. Procuré convencerla para que volviera a casa. Le dije que su padre tenía razón desde el punto de vista del hombre de negocios; que, por otra parte, no se vive de aire, y que no le convenía renunciar a la dote que el padre pondría a su disposición llegado el caso, que en todo caso era mejor esperar a que mis negocios se arreglasen y a que su padre volviera sobre su acuerdo...

"Pero los veinte años queman. Velia revolvió medio mundo—parien-

tes, amigos y conocidos—, y consiguió de su padre que tuviera una entrevista conmigo.

"Entonces resurgió en mí el hombre de negocios. Frente a Galeffi, me convertía en un comerciante. No estaba enamorado de él; estaba enamorado de su hija. Y acudí a la entrevista armado de una sorda hostilidad y de setecientas buenas razones.

"—Su desconfianza, caballero, se refiere a mis energías y a mi capacidad, no al estado presente de mis negocios, que no puede entrar en discusión. Yo, de valer algo, valgo por lo que podré hacer, no por lo que poseo. Tengo veinticinco años, siempre he sido honrado, siempre he trabajado. Tengo bien colocada la cabeza sobre mis hombros. Represento, pues, un capital incalculable. Aun desenvolviéndome entre las terribles dificultades que usted conoce, aun pagando el once por ciento de intereses a banqueros explotadores, gano actualmente treinta o cuarenta mil liras al año. Usted, a mi edad, tenía noventa liras al mes, con descuento, en una oficina del catastro. Por lo demás, la cuestión no importa verdaderamente a mí ni a usted, sino a su hija y se reduce a una división por dos que no requiere, para ser resuelta, una extraordinaria capacidad matemática. Quien no tiene dinero, puede hacer fortuna, mientras que quien tiene puede comérselo. Pero si usted, concediendo su hija a un hombre que poseyera dos millones, estuviera dispuesto a darle otros dos millones de dote, no comprendo por qué no se los ha de querer dar concediéndomela a mí que no poseo nada. Lo que usted debe hacer es preguntar a Velia si está dispuesta a vivir solamente de su dote, si está dispuesta a dividir por dos, si está dispuesta a renunciar al convencimiento de que su marido posee tanto como ella. La dote es un capital que el padre pone a disposición de la hija para que provea a su vida al salir de casa. Vincule esa dote y tome garantías de posteriores molestias; pero no se preocupe de saber con quién va a vivir su hija: ese es un asunto que no le interesa y que, sobre todo, no es un asunto. Quien debe enamorarse para ser feliz es su hija; usted no entra ni sale en eso. Su hija puede abrirse las puertas de un infierno casándose con un Rockefeller, y abrirse las del paraíso casándose con un desharrapado...

"Al cabo de media hora de exponerle argumentos de este linaje, creí haberle ablandado. Discutió con calma; pero me di cuenta de que la lucha se había trasladado a otro terreno. Se cubría.

"—Comprendo, querido Alvisi, que no podré impedir que Velia cometa una tontería... Soy su padre y la conozco perfectamente... Así es, que me hago cargo de que no podré evitar este casamiento... Pero si me he opuesto con todas mis fuerzas, es que tenía mis razones para ello... Aprecio mucho a usted y tengo confianza en su porvenir; pero las dificultades no dependen solamente de su situación, sino también un poco de la mía. Habla usted de dos millones de dote... Son rumores que corren... y que hay que dejarlos correr... Yo siempre dejo que la gente exagere cuando habla del millonario Galeffi. Usted, que está metido en el comercio como yo, comprenderá que las exageraciones que circulan

respecto a mi potencialidad financiera sirven para aumentar mi crédito... Pero Velia, en cuanto a dinero contante y sonante, podrá recibir de mí, en el momento de su matrimonio, medio millón cuando más... También le puedo dar un tanto al año... Y claro está que cuando yo muera todo será suyo...

"Le miré. Tenía cuarenta y seis años y rebosaba salud. Noté que al hablar de su muerte ahogaba una sonrisita de ironía. Pero la situación ya estaba clara. Los hombres de negocios nunca pueden arrojar en la balanza un sentimiento. Galeffi me consideraba un cazador de dotes, y no pudiendo vencer la obstinación de su hija quería ganarme por astucia. Creyendo que yo había ido a burlarla, se disponía a burlarme.

"Salí de la entrevista con una vaga sensación de náuseas y de rabia. Había caído en la trampa de siempre. Los negociantes que especulan con la belleza de sus mujeres y que se juegan en la bolsa la carne de sus hijas, habían envuelto asimismo mi juventud en su viscosa tela de araña.

"¡La dote!... ¡Oh, qué cosa tan innoble!... Entre las instituciones de la sociedad burguesa, ninguna más asquerosa que ésta... Piensa en el torneo atroz y hediondo de dos hombres—padre y futuro marido—que están frente a frente regateando el cuerpo y el espíritu de una pobre muchacha de dieciocho años, bella, ignorante, con la rubia cabecita llena de ensueños, con las pálidas y breves manos llenas de rosas, con la boca virgen llena de sonrisas y de besos... Piensa en eso...

"¿Puede haber en el mundo algo más infame y más vil?...

"Sin embargo, es cosa de todos los días... Quien prepara la trampa es el padre... Echa a correr y fomenta la voz de que su hija tiene dos millones de dote. Y llueven los pretendientes... Entre los pretendientes hay uno, el predestinado, que se emplea a fondo, se compromete, jura matarse si no le conceden a la mujer amada, declara a la madre de ella, a los parientes, a los amigos y a personas autorizadas que mete de por medio, que no piensa de ninguna manera en la dote y que está dispuesto a casarse con la chica desnuda... Entonces es cuando está a punto de caramelo... Se le puede servir en la mesa... La mesa es, desde luego, la del padre negociante que espera al futuro yerno con una irónica sonrisilla. "¡Ah, canalla!... ¿Dices que la dote te importa un bledo?... ¿Dices que te basta mi hija desnuda?... Pues ahora te lo diré yo... La tendrás como la quieres: desnuda."

"Y el futuro yerno ya no puede soltarse. Ha ido demasiado lejos. Tiene que doblegar la cabeza.

"Galeffi, pues, había obrado como los demás. Y yo no podía retirarme. Estoy seguro de que Velia nunca ha comprendido nada de estas maniobras. A ella le he dado lo que le podía dar; pero su padre me la ha pagado..., ¡me la ha pagado, sí!...

"Acordamos que la boda se celebraría al cabo de tres meses. Y en aquellos tres meses la dote se redujo a doscientas mil liras, porque Galeffi había perdido en la Bolsa, porque había quebrado un Banco, porque bajaba el marco, porque la casa Fiat había disminuído la producción, porque había estallado una huelga en las minas de azufre de Si-

cilia... Habiendo prometido amueblar la futura casa de su hija y mía, me anunció quince días antes del matrimonio que, siendo muy difícil, dada la crisis de viviendas, encontrar un piso digno de nosotros, viviríamos ella y yo en casa de él. Con substituir la camita de su hija con una buena cama de matrimonio, todo quedó listo a su juicio. Mientras tanto, yo contraía deudas para invitaciones, preparativos, etc.... Tres días antes de la boda me mandó a su mujer, toda llorosa, para anunciarme que sólo habían podido reunir setenta mil liras en dinero. Comprendí perfectamente que cuando llegáramos ante el juez o el cura, ya se habrían esfumado hasta las setenta mil liras. Y entonces surgió en mi cerebro un rayo diabólico...

"Me erguí, me puse serio... Hasta entonces había tenido que inclinar la cabeza para no hacer llorar a Velia. Se lo expliqué todo y la hice llorar. Me dió la razón. Yo necesitaba cuando menos pagar las deudas que gravaban la fábrica para poder trabajar más holgadamente para mí y para ella. Y dije claramente a Galeffi que si quería evitar el escándalo de que el matrimonio se deshiciera tres días antes de la fecha fijada, debía poner en mi mano al día siguiente las doscientas mil liras.

"Resopló, derramó sudor frío, blasfemó; pero tuvo que tragarse la píldora. Decidí hacer con Velia un largo viaje de bodas. Sin que se enterara nadie, vendí la fábrica con las deudas que la gravaban, conseguí hacerme con ciento veinte mil liras y me procuré un pasaporte y partí con mi mujer.

"Vivimos un mes de goces, un mes paradisíaco y soleado... Fué una llamarada de amor en la Riviera, en París, en Ostende... Luego mandé a Velia, que nada sospechaba, a su padre, con una excusa... Yo, como ves, vuelvo ahora.

"A su padre le escribí: "El dolor que causo a Velia me envenenará toda la vida, porque he amado a tu hija como un loco. La amo y la amaré siempre. Pero antes que dejarme burlar por ti me hubiera arrancado las vísceras. Querías ahorrar hasta el céntimo en la dote de tu hija y lo has conseguido. Doscientas mil liras son una fruslería. Las llevo en mi bolsillo y me servirán para reconstruirme una posición en un mundo muy lejano. Por lo demás, no tendrás que desembolsar otras dotes, porque te juro que nada del mundo podría decidirme a consentir en una separación o en un divorcio. Tendrás a tu hija toda la vida, necesariamente echará mano de amantes, y sus forzosas irregularidades recaerán sobre ti y no sobre mí, que estaré a diez mil kilómetros: distancia que suprime hasta el fango. Adiós."

Alvisi había acabado. Miró las chimeneas de los vapores y las arboladuras de los veleros que se recortaban en el cielo rojo del crepúsculo. Llamó al camarero y le dijo:

—Ve a mi cuarto, que es el 210. Sobre la mesa hay una botella negra con una etiqueta española que no sabrás leer. Tráela con dos vasos.

Dirigiéndose a mí, añadió:

—Ahora que ya sabes por qué me he hecho cultivador de ágave y productor de pulque, quiero que pruebes mi licor.

Volvió el camarero con la botella pedida. Alvisi vertió un líquido denso, blancuzco y filamentoso en los

dos vasos y bebió con placer. Preguntóme:

—¿Qué te parece?

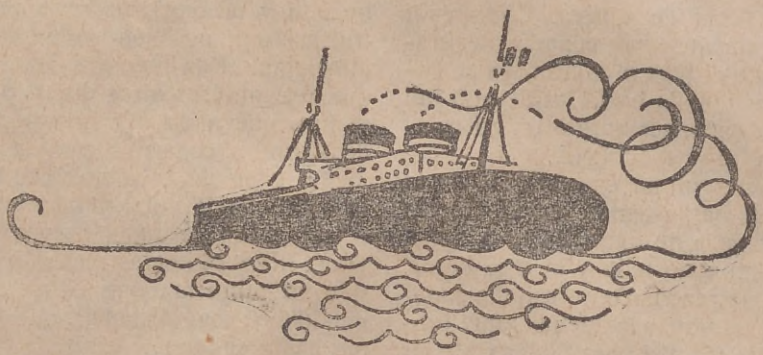
Le respondí:

—Tiene el mismo sabor que Galeffi: agrio.

Se echó a reír, y posando nuevamente la mirada en el puerto concluyó:

—Eres el primero a quien he contado la razón de mi fuga... Si en Milán te hablan mal de Velia, defiéndela. Es una santa... Más tarde o más temprano tendrá que tomar un amante. No puede pasarse la vida así... Pero estará igualmente limpia de culpa... ¡Ay!... Olvidemos... Mira el puerto... ¡Cuánto trabajo!... ¡Cuánto se trabaja en el mundo!... ¡Y qué lástima que los hombres trabajen con mala fe!...

FIN



RECUERDOS

El cincuentenario de la Sociedad Astronómica de Francia

Se cumplen ahora cincuenta años que se fundó la Sociedad Astronómica de Francia.

Fué en el 28 de enero de 1887 cuando se reunieron en casa de Camilo Flammarión algunos astrónomos y muchos admiradores de Urania, para estudiar los medios de propagar en Francia los conocimientos astronómicos.

Camilo Flammarión tomó la palabra para recordar las actividades de las asociaciones que, concentrando los esfuerzos de un gran número de personas, les da un poder que no podrían alcanzar si cada uno de esos esfuerzos permaneciese aislado.

—Por otra parte—dijo después de exponer su pensamiento sobre las ventajas de la asociación—, será interesante para nosotros estar constantemente al corriente de lo que se produce en el dominio de la Astronomía, al propio tiempo que se suscitan investigaciones. A menudo, las menores observaciones tienen un valor real, y es sensible que un gran número de ellas queden ignoradas. Observemos también que la importancia capital de las nociones astronómicas, desde el punto de vista filosófico y de las ideas generales que cada uno debe formarse sobre el Universo y sobre el Hombre, es reconocida hoy por todos los espíritus, aun por los más extraños a la marcha de las ciencias. Tales son las principales razones que parecen inspirarnos para desear la formación de una Sociedad Astronómica de Francia.

Y después de algunas consideraciones expuso la siguiente cuestión:

"Preguntamos si es oportuno fundar una Sociedad Astronómica francesa, y si nosotros tenemos bastante abnegación, desinterés e independencia de carácter para acordar, a pesar de los obstáculos y aun de

las oposiciones inevitables del principio, constituir el núcleo."

La contestación fué, "Sí", por unanimidad.

De este modo nació la Sociedad Astronómica de Francia.

La segunda reunión se celebró también en casa de Flammarión, en el mes siguiente, día 28. En esta sesión se presentó un proyecto de Estatuto.

Entretanto se carecía de fondos para tener local propio, las sesiones se celebraban en casa de Flammarión, un quinto piso de la rue Cassini, 16, elevando con estos actos más aún la gloria artística y literaria de esta calle.

La rue Cassini es corta y estrecha. Empieza por un lateral del observatorio de París y termina en el lateral opuesto, pasando por la fachada.

La rue Cassini debe su nombre al primer director del observatorio de París. Antes se llamaba esta calle, calle Maillet y, después, calle de los Angeles. En junio de 1790 se le puso el nombre actual. Es una calle que hasta el año 1898 no pasaban carruajes. Se vivía en aquella barriada, muy apartado de París, a pesar de tener cerca Bullier y Montparnasse. La avenida del observatorio, que termina en este establecimiento, divide en dos trozos la rue Cassini. En los tiempos en que esta calle se llamaba de los Angeles, no existía la avenida del observatorio. Fué en Tilsitt mismo, donde Napoleón firmó la paz, que después se rompió, dando origen a la campaña de Rusia, cuando el emperador decretó la apertura del avenida del Observatorio.

Esta calle es célebre en el mundo entero. En el número 1 de esta calle habitaron los famosos astrónomos Cassini, y en 1827 la habitó Balzac. Aquí fué donde este novelista invitó a Jorge Sand a compartir su frugal comida, que daba mayor celebridad al anfitrión: Sopa con leche, ternera hervida, melón y champaña. En el entresuelo de esta casa, Jorge Sand conoció a Manuel Aragó.

Balzac le gustaba escribir (entonces escribía su "Comedia Humana"), mirando de vez en cuando a una cabra que pacía en su jardín, muy próximo al del observatorio. Siguieron habitando dicha casa el almirante Mouchez, Félix Tisserand, Loevy, Baillaud, Perny, Nouet, Lalande, Bouvard, Aragó, Leverrier y Delaunay, astrónomos. Los esposos Renaudot, célebres artistas, pintor y escultor el marido, habitaron también el número 1. Madama Latour ocupó el número 2 de dicha calle.

En el número 6, desde 1865, se sucedieron, especialmente, la Escuela preparatoria dirigida por el célebre Joffroy, el astrónomo Loevy, Bigourdan, el pintor Delangle, el grabador Boutet. En el 10 vivió el pintor Cottet; en el 14, el astrónomo

Yvon-Villarceau. En el 3, habitaron el pintor Augusto Matisse y el arquitecto Saulnier; y en el 3 bis, los esposos Simón y su hijo, escultor. El número 2 lo ocupó el pintor Cecil Lawson; el 6, el escultor Jacquet; el 16, el pintor Couvé-Rameau, y el escultor Bouillon; el 7, lo habitó el famoso pintor Czernichowski.

En el quinto piso del 16 lo habitó Camilo Flammarión desde 1874. Esta habitación sigue ocupándola madama Flammarión, aunque su residencia habitual es el observatorio de Juvisy. Desde los grandes ventanales que recaen a la avenida del Observatorio, observaba el astrónomo a los astros con un anteojo de 108 milímetros, antes de que el millonario Meret le regalara la magnífica residencia de Juvisy. En el 16 fué donde pasó los años de luchas y de triunfos resonantes que le dieron fama en el mundo entero, y donde, como he dicho, concibió y fundó la Sociedad Astronómica de Francia.

En la octava reunión que celebró la Sociedad en esta casa, Flammarión leyó la carta de una mujer que solicitaba ingresar en la Sociedad. Como el reglamento no previno el caso del ingreso de las mujeres en la institución, la reunión tuvo que deliberar, y desde entonces son admitidas las mujeres.

Actualmente cuenta la Sociedad Astronómica de Francia con unos cinco mil miembros, y ha realizado una obra inmensa de vulgarización astronómica. Tiene observatorio propio, y bajo sus auspicios organizó, en junio del pasado año, una misión para estudiar sobre el territorio soviético el eclipse de Sol del día 19 de junio.

PIGMALION

¡VENGANZA!

por

Mario d'Ancona

(Francisco Arimón)

(Continuación.)

ausencia, había ido contando los días que faltaban para mi regreso. Esperaba que conmigo había de llegar hasta él la felicidad, y en lugar de ello se encontraba con la terrible noticia de la muerte de su esposa y su hijo.

"No quiso volver al Canadá. Ya todo le era indiferente, una vez muertos los dos seres que le habían sido más queridos en el mundo.

"Nos separamos como es consiguiente. Pero no por eso dejé de escribirle. Poco a poco, sus contestaciones fueron siendo más espaciadas. Hasta que llegó un día en que ya no supe nada más de él."

"Hasta aquí lo que me contó aquel hombre. En cuanto a mí, en ninguna de cuantas poblaciones he recorrido, he podido encontrar huella alguna de Arturo Ródenas.

"Estas son las noticias que puedo darle, y bien sabe Dios que lamento que esta carta mía sólo contenga malas noticias.

"Suyo afectísimo,

Rafael Cifuentes.

Cuando Beatriz Iniesta hubo terminado la lectura de aquella carta, por sus mejillas resbalaron gruesas gotas de llanto.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!—balbució.

En aquel momento, la débil esperanza que mantenía en su corazón acababa de apagarse para siempre. Ya no sería posible, nunca más para ella, el sueño dulcísimo de poder besar a su hijo de nuevo.

El recuerdo de Arturo Ródenas acudía, torturador, a su imaginación. Calculaba cuán grande debía de haber sido el sufrimiento de aquel hombre al verse despreciado y perseguido sin razón alguna.

Y como si aquel pensamiento trajese eslabonado el nombre de Fernando a su memoria, un gesto de dureza desfiguró su rostro, curtido por todos los dolores.

—¡Maldito! ¡Maldito!—sentenció—. Se ocultará el sol un día y otro día; a un invierno vendrá otro a sucederle, y siempre..., siempre, maldeciré tu nombre... Y si entonces, como mujer crédula, no pude sospechar cuánta infamia había en tu alma, ahora que te conozco juro que he de dedicar mi vida a la venganza... Carmina Alcaraz acaba de morir, para que la sustituya la vengadora Beatriz Iniesta...

Capítulo XVII

DOS ALMAS QUE SE ENTIENDEN

Obedeciendo a una llamada de don Armando Riaño, Rafael Urbina se presentó en el domicilio del anciano. Desde que le hiciera su última visita, el joven había recapacitado profundamente respecto a lo que le convenía hacer. Para él, no existía ya duda alguna de que los

velos que cubrían su pasado estaban a punto de descorrerse. De entre los sentimientos que despertaba en su alma aquella creencia, ninguno era tan fuerte como el que le producía la seguridad de que su madre no había muerto. La presunción de que algún día podría volver a estrecharla contra su corazón, le llenaba de un gozo infinito.

Cuando hubo llegado ante don Armando, éste se encontraba solo.

—Querido Rafael—le dijo cariñosamente—. Necesito hablar con usted, y este es el motivo de mi llamada.

—Estoy a sus órdenes, don Armando—repuso el joven.

—Es un asunto que, para llevarlo a cabo, necesito de tu concurso, hijo mío.

—¿De qué se trata?

—De una colaboración.

—¿Mía?

—Sí.

—¡Me colma usted de honor, don Armando! ¿Cómo puedo yo colaborar con el maestro?

—Es necesario... Necesito cumplimentar el encargo de la historia de esta ciudad, y el haberme quedado ciego me ha impedido el hacerlo... Todos los datos necesarios están ya recopilados por mí... ¿Quiere ayudarme?

—Con mil amores... De no seguir haciendo nada, este destierro me llegaría a ser insoportable.

—Por eso me he acordado de usted... Aparte de que puede proporcionarle algún beneficio material... Y ahora permítame que suprima ese "usted" ceremonioso y frío.

—Ya iba a proponérselo, don Armando.

—Como este trabajo necesita que nos veamos frecuentemente, mi casa, que es la tuya, estará abierta a cualquier hora para ti.

Las frases del anciano fueron un raudal de alegría para el corazón del joven. La facilidad de asistir diariamente a aquella casa, donde podría ver a Leonor, le llenaba el alma de gozo.

A un llamamiento de su abuelo acudió la joven.

—¡Hola, Rafael!—saludó, complacida.

—Buenas tardes, Leonor.

—Hija—exclamó el anciano—. Acabo de obtener la ayuda de Rafael para llevar a feliz término la Historia de Segovia.

—¿De veras?

—Sí..., Leonor. Su abuelo me ha concedido el honor de ser su colaborador.

—Me alegra la noticia.

—Como es consiguiente, tú tienes que enseñarle los datos que he recopilado...

—Ahora mismo, abuelito.

—¿No sería mejor mañana? Hoy ya no podríamos hacer nada.

—Como quieras.

Se acercó la joven a él unos momentos, y en voz baja, para evitar el ser oída por don Armando, le indicó:

—Tenemos que hablar.

Y luego, en voz alta, añadió:

—¿Le agrada que demos un paseo por el jardín?

Accedió gustoso Rafael, y poco después discurrían por las sendas enarenadas del parque.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, Leonor?—preguntóle él.

—Algo que no sé el modo de empezarlo...

—¿Tan difícil es?

—Mucho.

—¿De quién se trata?

—De usted.

—Eso sí que es raro... No creía yo que una cosa mía le proporcionase esa preocupación.

—Pues lo es... Si le digo que no sé cómo empezar, no le miento...

—Hágalo como le parezca. Veamos...

—¿Ha venido alguna otra vez a Segovia?

—Nunca, Leonor.

—Entonces..., ¿cómo es que conocía este jardín? ¿Cómo es también que evocaba usted el recuerdo de mi tía Leonor, a la que, según me dijo, no conocía?

—No lo sé, querida amiga.

—Reconozca que eso es muy extraño...

—Más todavía lo es, lo que me susede... En mí hay dos personas distintas, Leonor. Una, es la que representa Rafael Urbina; pero queda otra que recuerda un pasado que no sé si habré llegado a vivirlo siquiera...

—¿Cómo es eso?

—Porque está formado de sueños...

—¿Y en ellos ha visto usted las figuras de mi tía y de la madre de Arturito?

—Sí.

—¡Qué extraño es eso que me cuenta!...

La contestación que estuvo a punto de salir de los labios del joven quedó en ellos estrangulada. Por nada ni por nadie hubiese dicho a aquella mujer que

el miedo enorme de declararse hijo de un parricida paralizaba su lengua.

—¿Qué edad tiene usted, Rafael?—preguntóle Leonor de improviso.

—No lo sé... Veinte años quizá.

—¿No lo sabe?

—En mi memoria hay lagunas que no puedo salvar. Mi vida hay que dividirla en dos períodos. La que corresponde a mi niñez, de la cual no recuerdo nada por haber padecido la pérdida absoluta de memoria, y esta que vivo ahora.

—¿Y no recuerda nada de su familia?

—En absoluto... Pero le ruego que no me hable de nada de esto.

—Bien. Así lo haré. Mas eso no podrá impedir el que siga conceptuándolo co-un ser raro.

—¿Me apreciará por ello menos?

En el rostro de la joven se dibujó un mohín de contrariedad.

—¡Qué poco me conoce usted, Rafael!—murmuró.

Sintió él cuanto había de reproche en aquellas palabras.

—No, Leonor, no—exclamó con vehemencia—. La conozco perfectamente, y sé hasta qué punto es usted admirable... Jamás he conocido mujer alguna que se haga querer como usted lo consigue...

En la explosión de sus sentimientos, sus manos habían aprisionado las de la joven.

—¿A cuántas le ha dicho usted lo mismo, Rafael?—preguntóle ella, con un leve tonillo de burla.

Le dolió al joven en el corazón el que Leonor no tomase en serio sus palabras.

—Me marcho—dijo.

—¿Disgustado?

—No... Enamorado de usted, como un loco.

—¿Sabe que eso es un pecado gravísimo?

—Sí. Lo es, porque yo, ni puedo ni debo soñar en usted.

En las pupilas de Leonor brilló un destello de alegría.

—Veamos—dijo ya seria—. Esas palabras necesitan una explicación.

—¿Para qué?

—Porque es preciso... Lo que acaba de decirme, unido a lo que ya le he preguntado al principio de nuestra conversación, lo exige así...

No tuvo tiempo de meditar sobre lo que debía hacer en aquel momento. Su amor por la joven lo ponía en el trance de dejar que se desbordasen sus pensamientos, convertidos en palabras.

De sus labios fueron saliendo todas cuantas emociones había experimentado desde que llegara a la ciudad. El reconocimiento de la casa de la Catedral, la sorpresa experimentada al encontrarse en el jardín de la joven, la emoción infinita sentida ante el retrato de Carmina Alcaraz... Todo fué saliendo de sus labios en un torrente impetuoso de palabras.

Leonor le había escuchado sin pronunciar palabra.

—¿Sabe que esa es la historia de Arturito?—preguntó.

—Sí... Pero yo no puedo mentir... Mis sueños no pueden ser un engaño tampoco... Ese hombre miente, Leonor... La voz interna, que nunca me ha engañado, me ha dicho repetidas veces que esa historia que él ha contado es mía, exclusivamente mía.

—¿Con qué fin iba a querer suplantarlo?

—Lo ignoro. Sólo sé que él no tiene reparo en decir, lo que yo trato de ocultar a toda costa. En el nombre que ese hombre se ha apropiado existe la mancha de un horrendo delito... Eso y no otra cosa es lo que impedirá siempre el que yo reclame mi verdadera personalidad... ¡No! ¡No! Dejaré que para todos empiece mi vida en el momento que entré en el hospicio.

Le miró Leonor largamente, dejando que el alma le asomase a los ojos. En aquella mirada podía leerse amor, conmiseración.

—¡Pobre Rafael!—exclamó—. ¿No será usted una víctima de sus propios sueños? Porque hasta ahora, yo no tengo motivos para dudar de la sinceridad de Arturito.

—Ni de la mía tampoco...

—Es verdad... Pero cuando él se presentó aquí aportó tales pruebas, que toda duda quedó desvanecida... ¿A quién debo creer, por tanto, Rafael?

—A quien usted quiera. Ningún plan inconfesable hay en mí, toda vez que no estoy dispuesto a reivindicar un nombre que está lleno de infamia... Rafael Urbina me llamo, gracias a la bondad de la mujer que me adoptó a mi salida del Hospicio, y éste es el nombre que llevaré siempre, porque es el que el mundo conoce y respeta.

—Olvida usted una cosa, querido amigo.

—¿Cuál?

—La emoción sentida ante el retrato de Carmina Alcaraz... Si ella, en realidad, ha sido su madre..., ¿renunciará usted a cerciorarse de ello, para que su recuerdo sea la inexpugnable fortaleza en la que asiente su vida?

La pregunta de Leonor llegó, recta, al corazón del joven. Abatió la cabeza, como rendido por el peso de aquella justa observación, y durante unos momentos permaneció mudo.

—¡Es verdad!—dijo al fin—. Aun proponiéndome olvidarlo, no lo conseguiría... Si he hablado así, ha sido porque en mi loca inconsciencia no quería que nada pudiera interponerse en mis absurdos proyectos sobre usted.

El corazón de la joven aceleró, en forma inusitada, su latir. Interiormente, hacía comparaciones sobre la forma de proceder de Arturito y aquel lenguaje sencillo y conmovedor de Rafael.

Una idea repentina surgió en su cerebro.

—¡Espéreme!—exclamó.

Echó a correr hacia la casa, y dirigiéndose a un secreter, sacó del mismo un retrato. Rápidamente volvió al lado del joven. Su mirada se posó, repentinamente, en aquella fotografía y en el rostro de Rafael.

—¿Los conoce?—preguntó, al mismo tiempo que le mostraba el retrato.

—Sí...—exclamó él, estremeciéndose—. Ella es mi madre... El...

—¡Su padre!—afirmó ella con convicción.

—¿Cómo lo sabe?—interrogó Rafael, trémula la voz.

—Un parecido tan asombroso no puede mentir...

—¿Me cree usted, entonces?

—Le creo y le quiero, Rafael.

Un grito sobrehumano escapó de los labios del joven.

—¡Me quiere! ¡Me quiere!—exclamó—. El más bello sueño de mi vida acaba de convertirlo usted en realidad... ¡Mía! ¡Mía!

Se acercó a ella tembloroso, asustado de aquella enorme felicidad que aun no se atrevía a creer.

—¿No me ha engañado, Leonor?—preguntó—. ¿Es cierto que me quiere usted?

—Sí, Rafael... Desde hace mucho tiempo...

—¿Y no tiene en cuenta el estigma que pesa sobre mí?

—No, amigo mío... Estoy muy por encima de esas pequeñeces... Yo sólo considero como un guía de mis sentimientos la nobleza que hay en su corazón...

Haciéndose promesas, que para ambos tenían un inestimable valor, no sintieron, ni el uno ni el otro, el paso del tiempo. Fué Rafael el primero que se dió cuenta de ello.

—Habremos de separarnos, Leonor—dijo, con señales evidentes de un gran pesar.

—Sí.

—Pero antes es preciso que acordemos la línea de conducta que hemos de seguir.

—Desde luego...

—A mi juicio, se impone guardar el más impenetrable silencio sobre mi vida.

—Sí...; pero..., ¿y Arturito?

—Algún día sabremos quién es y por qué hace lo que hace... Ese asunto es de mi incumbencia, y te aseguro que no tardaré mucho en desenmascararle.

—¿Eso quiere decir que piensas reivindicar tu nombre?

—En efecto... No por mí, Leonor... Es que no puedo tolerar que él pueda disputarme algún día el amor de mi madre... ¡Si viviera! ¡Si fuese cierta mi sospecha de que no fué ella la que se arrojó al río!

—¿Tienes dudas?

—Muchas.

—¿Por qué?

—Nadie pudo probar que fuese ella por lo desfigurado que estaba el rostro de aquel cadáver...

El ruido de unos pasos en la senda del jardín cortó aquel diálogo.

—¡Ahí viene Arturito!—indicó ella.

Así era. En el rostro de aquel hombre había hondas señales de la tormenta que rugía dentro de su pecho.

—¡Por fin te encuentro!—exclamó cuando estuvo frente a Leonor.

—¿Me buscabas?

—¿Cómo no? Pero se conoce que el sonido de los versos te agrada mucho en esta hora.

—Es curioso que no aciertes nunca, Arturito... De lo que menos hablábamos, Rafael y yo, era de eso precisamente.

—Entonces..., ¿de qué?

—De mil cosas. Entre ellas, la que más

ha ocupado nuestra charla ha sido sus amores con Celia Rodríguez...

—¿Mis amores con Celia?—interrumpió Rafael con vehemencia—. ¿Quién ha sido el embustero que ha propalado ese rumor?

—No lo sé, amigo mío—contestó Leonor, sonriendo.

—Quien lo haya dicho miente... Celia es una muchacha honrada, con cuya amistad me honro.

La intención que vivía en las palabras de la joven y que fué perfectamente entendida por Arturito, hizo que éste temblase de indignación.

—Te he venido a buscar, porque Fernando desea saludarte—dijo.

—¡Hombre! ¿Está aquí Fernando? Venga, amigo Rafael. Le presentaré. Se trata de un señor muy simpático, que tuvo una gran amistad con la madre de Arturito...

Ya en el salón, Leonor se apresuró a presentar a su amado.

—Rafael Urbina — indicó—. Fernando Alcaraz.

La mirada de éste último intentó penetrar hasta los últimos rincones del alma de Rafael.

—¡En mi vida he visto un parecido igual!—comentó, para sí.

Capítulo XVIII

BELLOS SUEÑOS

Atendiendo la invitación que le había hecho don Armando, y acuciado por el inmenso amor que profesaba a Leonor, a partir de aquel día, Rafael Urbina acudió todos los días al domicilio del anciano.

Aquellas horas que el joven pasaba en compañía del sabio historiador y de su nieta, suponían para él la realización de un ensueño. Cuando llegaba, ya estaba la joven esperándole con el trabajo del día preparado. Para los dos amantes, el tiempo transcurría velozmente, entretenidos en ir forjando, poco a poco, el preciado tapiz de su felicidad.

Un día, Rafael no se presentó solo en aquella casa. Le acompañaba Celia Rodríguez. Aquella entrevista tenía para él mucha importancia. Más de una vez, Leonor, con ese timbre tan peculiar de los celos, había nombrado a la cupletista. Fué entonces cuando el joven, queriendo que sobre aquel amor que acababa de nacer, no surgiese ninguna nube que pudiera darle sombra, optó por que se conocieran ambas jóvenes.

Como es natural, Celia se sintió impresionada al entrar. La diferencia de clase le imponía cierto respeto, al cual no le era posible sustraerse. Al ver que Leonor la abrazaba y besaba como a una igual, aquel temor vago desapareció de su ánimo.

—Ya sé—dijo la prometida de Rafael—que han hablado ustedes mucho de mí... ¿Qué le parezco? ¿Soy como se figuraba usted?

—Sí—respondió, sinceramente, Celia—. Es usted bellísima..., aparte que su rostro dice bondad...

—Ya lo ves, Rafael—exclamó, deliciosamente, Leonor—. Tus amigas no hablan mal de mí.

—No podría hacerlo, señorita—intervino Celia—. Se ve a primera vista que es usted incapaz de todo mal... ¿Quiere que le dé una prueba de lo que estoy diciendo?

—Me alegraría.

—La gente es mala, señorita, y yo sé que por ahí se ha hablado y se habla mucho del carácter que tiene mi amistad con Rafael. A pesar de ello, sin que usted pueda estar convencida de que han mentido los que así han hablado, usted no tiene inconveniente en recibirme, y lo que es más aún: en abrazarme.

—¿Por qué había de hacer otra cosa?

—Porque el mundo es así. Rafael y yo nos queremos como hermanos. Al lado de él es donde únicamente me siento amparada. Sin sus consejos, le juro que no sé qué hubiera sido de mí. Por eso, al venir a esta casa, además de mi deseo natural de conocerla, me impelía la necesidad de pedirle un favor.

—¿A mí?

—Sí. Que nos permita usted, tanto a él como a mí, seguirnos tratando en la misma forma que lo hemos hecho hasta ahora.

—¿Por qué no?

—¿Pase lo que pase?

—Sí.

Ahora fué Rafael quien dejó oír su voz:

—Pase lo que pase, no—dijo con tono enérgico—. Mientras que tú mantengas

tu vida dentro de la honradez que siempre quiero saber en ti, puedes contar con mi amistad, y como es consiguiente con la de Leonor.

Hasta los ojos de Celia llegó una lágrima que tembló un momento en sus párpados. Tuvo de ella compasión Leonor y se le acercó, solícita y cariñosa.

—¿Por qué lloras?—le preguntó—. ¿Tan difícil cree usted que le va a ser persistir en una vida de honradez?

Abatió la interrogada la cabeza, obedeciendo a un íntimo sentimiento de vergüenza.

—¿Quién sabe lo que la vida querrá hacer de mí?—repuso—. Aquí, al lado de ustedes, me sé fuerte para resistir... Pero mañana termino aquí y marcho lejos... ¿Para qué? Sólo Dios lo sabe... Usted, señorita, que vive tranquila, que desconoce el inmenso poder que la miseria tiene, no puede comprenderme.

—¡Cómo engañan las apariencias, amiga mía—contestó, conmovida, Leonor—. Usted supone que yo soy feliz, porque no sé lo que es el trallazo trágico de la miseria... ¡Qué engañada vive! No es posible que comprenda hasta qué punto tengo que luchar para salir adelante...

—¿Es posible?—preguntó Rafael, sorprendido.

—Sí. Lo es. Y para que esta joven sepa que cuando se tiene una firme voluntad se sortean todas las dificultades, le diré que la miseria, esa miseria a quien ella tanto teme, es la dueña y señora de esta casa...

—¡Leonor!

—Todos los recursos de que disponíamos se han agotado. Mi abuelito no tiene colaboraciones, y día tras día todos cuantos objetos de algún valor había en esta casa, han ido desfilando al Monte de Piedad... Sin embargo, él nada sabe...

—¿No?

—Estoy segura que moriría el pobre de pena si lo supiese...

Lo mismo Rafael que Celia, miraron con admiración a aquella criatura.

—¿Se acordará usted algún día de esto que acabo de decirle?—preguntó Leonor a la cupletista.

—No lo olvidaré. Si algún día siento que mi ánimo desfallece, invocaré su ejemplo, y estoy segura de que me salvaré...

Todavía hablaron mucho tiempo. Al despedirse, Leonor invitó a Celia a que, de continuar allí, la visitase todos los días.

Cuando quedaron solos Rafael y su novia, éste no pudo por menos de decirle:

—¡Eres una admirable mujer!

Sonrió ella alegremente.

—¿Por qué? ¿Por lo que le he dicho?

—¡Claro!

—No es verdad... Pero había que animarla...

Movió él la cabeza tristemente.

—No. Cuando se dice la verdad, tiene un acento inconfundible la expresión... ¿Cómo podría yo ayudarte?

—De ninguna manera, Rafael... Lo único que deseo saber es si nos casaremos pronto...

—¿Lo deseas?

—Con toda mi alma.

—Pues fija tú misma la fecha.

—¿Yo?—replicó ella, batiendo las palmas.

—¿Quién mejor?

—Cuando tú quieras.

—Sea. ¿Te parece bien de aquí a un mes?

—Un poquillo lejana es la fecha.

—Y ahora se me ocurre una pregunta: ¿Estará conforme tu abuelo?

—¿Por qué no ha de estarlo?

—Carezco de riqueza...

—¡Bah! Eso es cuenta mía... Y de mí, lo único que puedo decirte, es que, después de haberlo meditado mucho, estoy dispuesta a compartir contigo tu pobreza.

—¿Sin miedo al porvenir?

—Ninguno. Además, que como yo seré una buena administradora, con poco que tú ganes tendremos bastante.

—Bien, mujer.

—Pero eso no impide para que prosigamos nuestra labor de Historia... Estamos hechos unos haraganes.

Riendo, volvieron ambos a su labor.

Capítulo XIX

EL DESMAYO DE ARTURITO

La vida de Arturito se deslizaba plácidamente. El oficio de señorito rico se adaptaba perfectamente a sus cualidades. Quiere esto decir, que para él la vida no tenía otras obligaciones que la de levantarse tarde, vestir bien, acudir al Casino para murmurar de honras ajenas y satisfacer todos sus caprichos de hombre.

En cuanto a cultura, ni la tenía ni ponía especial empeño en adquirirla. Tenía la suficiente para no hacer mal papel entre la serie de ignorantes que le rodeaban, y creía que con eso no debía tener más ambiciones.

Hubiese sido, por lo tanto, feliz a no haber mediado en su vida Leonor. Para Arturito, la conducta de la joven era bastante extraña. Tumbado cómodamente en un sofá, el joven pensaba en ello.

Sus pensamientos encaminábanse directamente a Rafael Urbina.

de su corazón, y no me conviene llegar tarde...

Consecuente con esta idea, abandonó la cómoda postura que tenía y decidióse a visitar a don Armando sin más demora. Durante el trayecto, su pensamiento tomó nuevos rumbos.

—Ese Juan no sabe con quién tiene que habérselas—monologó—. El chasco que le preparo es de los que hacen época... Fernando ya es más temible. Uno y otro creen estar ya tocando los millones de mi tía, y no saben que ese dinero es sólo

—No cabe duda—pensaba—que ese escritorzuelo es quien tiene la culpa del desvío de Leonor... Pero no me conoce él todavía, ni ella sabe hasta dónde soy yo capaz de llegar... Por lo pronto, a la niña la tengo en mi poder, ya que, siendo mías las dos hipotecas que tiene su casa, de mí, y solamente de mí, depende el que no se vean arrojadas a la calle... Y que no dude de que yo sería capaz de ello. Por las buenas, todo para ella, puesto que me tiene loco; pero a las malas... Aquí, lo esencial es no perder tiempo... Rafael se va apoderando poco a poco y exclusivamente para mí, porque para eso yo sabré conquistarla...

Se detuvo en sus reflexiones por haber llegado a casa de Leonor. Sin preguntar por ella, entró directamente al cuarto del anciano.

—¡Hombre! ¡Arturito! Yo creí que con la próxima llegada de tu tía, ya te habías olvidado de nosotros—exclamó éste, al reconocerlo.

—No lo crea, don Armando... Aun cuando la llegada de ella supone para mí un afecto que ahora no tengo en nadie.

—Claro.

—¿Y Leonor?
—Por ahí dentro andará...
—No quiero ocultarle, don Armando, que su conducta me tiene algo disgustado.
—¿Por qué?
—Le hablé y no me ha respondido nada.
—¡Bah! Insiste, porque a las jóvenes les gusta hacerse de rogar... Eso, aparte de que tu declaración puede haber sido algo torpe...
—Es fácil... Por eso yo creo que debemos ir directamente al asunto...
—¿Quieres que sea yo quien le hable?
—Lo preferiría.
—Pues lo haré y procuraré convencerla.
—No es eso, don Armando. Lo que yo quisiera es que usted me prometiera imponerle su voluntad.
—Hasta ahora, hijo mío, no me he enterado de lo tonto que eres. ¿Cómo voy yo a imponerle eso?
—Como abuelo.
—No hablemos disparates. Aconsejarla, ya es distinto. Y ahora, dime: ¿Cuándo llega tu tía?
—Muy pronto. Mañana salgo yo de aquí para esperar la llegada del barco que la conduce. Por eso quería saber a qué atenerme respecto a Leonor.
—Pues por ahí viene; oigo sus pasos.
—Me voy, entonces.
Rió el noble anciano de lo que creía timidez invencible del joven. Todavía riendo, lo sorprendió su nieta.
—¡Contento estamos, abuelito!—exclamó al verlo.
—Sí, pequeña, sí. He tenido que reírme. Ven. Siéntate aquí. ¿Sabes quién ha venido?
—No.
—Arturito.
—¿Qué quería?
—Ya puedes suponértelo.
—Porque me lo supongo, quiero ahorrarte palabras.
—¿Qué he de decirle, entonces?
—Lo que pienso... No me casaré jamás con él.
—¿No?
—Como lo oyes.
—Hace poco no pensabas así.
—Rectificar es de cuerdos, ¿verdad?
—Sí; claro. Pero reflexiona sobre tu situación. ¿Qué va a ser de ti el día, ya próximo, en que yo falte?
—¡Bah! Eso es lo que menos me preocupa...
—¿Lo que menos? ¡Ah, picaruela! ¿A que tenemos a la pequeña enamorada de Rafael Urbina?
—Si fuese eso, ¿lo sentirías?
—No sé qué decirte. Pero, ¿cómo ha sido eso? ¿Lo has pensado bien, Leonor?
—Dime una cosa, abuelito: ¿Se piensa el amor?
—No. Es verdad. Eso no da tiempo a ser pensado. Pero aun después de habernos dado cuenta de su existencia en nosotros, conviene que meditemos profundamente si es conveniente o no seguirlo alimentando.
—Ya he pensado mucho sobre ello.
—¿Y qué?
—Que he sacado en consecuencia, que le quiero.
—No es bastante, pequeña. Lo primero que hay que ver es si conviene.
—¿Por qué no?
—La vida no se nutre sólo de cariño. Hay en ella necesidades que no llena el amor. ¿No lo comprendes?
—Sí.
—Rafael Urbina me parece una excelente persona. Es más: puedo garantizar que lo es. Pero, ¿con qué medios cuenta para sostener holgadamente una casa? Tú ya conoces nuestra profesión y sabes que el porvenir de un escritor, por muy encumbrado que esté, es siempre incierto.
—¿Qué importa eso?
—Mucho. Pero por si esta verdad que acabo de decirte no fuese bastante, existe otro detalle.
—¿Cuál, abuelito?
—El pasado de ese joven es algo obscuro.
—¿Qué quieres decir?
—Que acaso el nombre que lleva no sea el suyo propio.
—No lo es, no. Todos sabemos que fué recogido en un hospicio cuando se vió desamparado, y que al salir de él una buena mujer le dió su nombre.
—¿Y crees que eso no es un inconveniente en el mundo?
—Para los papanatas, sí. Pero supongo que no me harás la ofensa de incluirme entre esa parte de la Humanidad.
—No, hija mía.
—Rafael Urbina es, ante todo, un hombre dotado de excelente corazón.
—¡Bien sabes defenderlo!
—¡Porque lo merece!

—Aunque así sea, pequeña. Tú no ignoras las pretensiones de Arturito.

—No.

—Dentro de un momento vendrá a hacerte una declaración en toda regla.

—Lo lamento, puesto que voy a darle unas calabazas mayúsculas. Ese hombre es un hipócrita, que nos está engañando a todos. Así es, que en nombre de ese cariño que sé tienes para mí, te pido que autorices mis relaciones con Rafael.

—¡Pero, muchacha!

—Y si no te opones, nos dejes casarnos el mes que viene.

Se llevó el anciano las manos a la cabeza, asombrado de aquella velocidad que su nieta quería imprimir a un asunto en el que se ventilaba todo su porvenir.

No tuvo tiempo de contestar. En la puerta de la habitación apareció en aquel momento Arturito.

Al encontrarse éste frente a Leonor, tuvo un instante de vacilación; pero comprendiendo que la ocasión era propicia, la abordó decidido.

—Tengo que hablarte—le dijo.

—Y yo a ti—contestó ella.

Se levantó en silencio y precedió al joven hasta el jardín. Ya en él, Arturito tomó una actitud de superioridad que hizo fruncir el ceño a Leonor.

—Has dicho que querías hablarme—exclamó él con aplomo—. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Hacerte sólo una pregunta...

—¿A mí?

—Sí. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

El rostro del joven se cubrió de una espantosa palidez. Quedó atónito por la sorpresa, y como si hubiese sido herido por un rayo cayó al suelo.

Se inclinó la joven sobre él y lo pulsó detenidamente.

—¡Un ataque fingido!—murmuró.

Y arrojando sobre él una mirada de desprecio, se dirigió hacia la casa.

Capítulo XX

UNA OJEADA AL PASADO

Para poder comprender el efecto que a Arturito le había causado la pregunta de Leonor, es necesario que conozcamos la historia de este peligroso sujeto. En ella pueden verse caminar juntas la hipocresía más refinada y la maldad.

En uno de los pueblecitos de Andalucía apareció un día un matrimonio de saltimbanquis, al cual acompañaba un niño y una niña. La nacionalidad de esta gente era italiana.

Aun cuando los trabajos que ejecutaban no encerraban en sí mérito alguno, la gente que se reunía en torno de la gran alfombra sobre la cual trabajaban, divertíase bastante con aquellos ejercicios. El, bastante diestro en juegos malabares; ella, dotada de una fuerza hercúlea, levantaba pesos terribles, sin que demostrase cansancio alguno al terminar. De la recolecta, era la mujer quien se encargaba.

Un día, la recaudación fué bastante exigua. Esto dió motivo a que el humor de los esposos no fuese todo lo alegre que debiera ser cuando regresaban al carromato que les servía de alojamiento.

Ya en él, la mujer contó el dinero que había recogido.

—¡Mal se va poniendo esto!—exclamó.

—¿Por qué lo dices?—preguntó él.

—Lo recaudado no vale la pena.

—Ya lo he notado. Pero, ¿qué otra cosa nos queda sino tener paciencia?

—No. Ese no es el remedio.

—¿Cuál entonces?

—Cada día trabajas peor.

—¿Yo?

—Sí...

—¡Bah! Un día desgraciado...

—Déjate de desgracias—interrumpió ella con acritud—. Es el vino.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho. Desde hoy no te daré más dinero para que lo gastes en emborracharte.

—Con que no, ¿eh?

—Ya lo has oído.

—Pues te advierto una cosa...

—¿Qué?

—Mi paciencia se va agotando, y es muy posible que se termine pronto. No estoy dispuesto a seguir siendo un esclavo tuyo.

—Bueno. El que hayamos llegado a ese extremo, no he sido yo quien lo ha buscado.

—Entonces, ¿quién?

—Tú. Bien sabes que durante mucho tiempo te he respetado, como mi marido que eres; pero hube de variar. El juego y la bebida pueden más que tú, y ya no hay dinero bastante para tus vicios. ¿Es que no te das cuenta de que tienes hijos?

—¡Para lo que me respetan! Pero esto se acabó. ¿Entiendes? Desde hoy soy yo el amo aquí, y todo lo que hay es mío. De manera que dame la llave de la caja.

En el rostro de la mujer asomó una sonrisa de desprecio.

—¡Vete, hombre, vete!—replicó—. ¡No digas tonterías!

—¿Que me vaya? ¡No, mujer! Ya te he dicho que esta situación termina hoy mismo. O me das esas llaves por las buenas, o tendrás que dármelas a la fuerza.

Lleno de indignación se dirigió a un rincón de aquella habitación ambulante y cogió del mismo una gruesa estaca, con la cual amenazó a su mujer.

No demostró ella el menor miedo. Segura de su fuerza, se encaminó hacia él, y cogiéndole la muñeca le hizo soltar el arma fácilmente.

—¡Tengamos la fiesta en paz!—dijo.

A empujones lo hizo descender del carromato y cerró la puerta, echándole la llave.

Esta escena se venía repitiendo con mucha frecuencia. Varias veces intentó él herirla a traición; pero la astucia y la fuerza de la mujer se lo impidieron. Aquella mujer, que verdaderamente enamorada de su marido, había ocultado siempre su fuerza y se había prestado a ser su esclava, tuvo que terminar imponiéndose ante el desenfreno de que hacía gala Luigi.

Cuando aquel día se recrudeció el odio de aquel hombre por su mujer, en vista de que ella se negaba en redondo a facilitarle dinero para sus vicios, Luigi juró vengarse.

Al encontrarse solo al pie del carromato se hurgó los bolsillos para buscar en ellos algunas monedas. Hecho esto se dirigió a la taberna del pueblo, y fué invirtiendo su escaso capital en aguardiente y en vino. Inútil es decir que cuando regresaba de nuevo hacia su domicilio ambulante, estaba completamente borracho.

La mujer se hallaba terminando la cena. Luigi observó que los niños no estaban allí. La ocasión era, pues, propicia. Con gran cuidado, cogió una pesa pequeña de las que ella usaba para sus ejercicios, y acercándose, por la espalda, le asestó con ella un fuerte golpe en la sabeza. La infeliz dió un fuerte grito y cayó al suelo bañada en sangre.

El criminal desapareció una vez hubo registrado todos los sitios donde ella podía guardar algún dinero.

Cuando regresaron los dos pequeños, ya Luigi había regresado. Contestó a las preguntas de sus inocentes hijos, diciéndoles que su madre se había dado en la cabeza un fuerte golpe. Después enganchó los caballos al carro y emprendieron todos la dirección de Granada.

Cuando llegaron a la capital, Soledad, la mujer de Luigi, se había agravado tanto, que hubo que conducirla al hospital.

Un día fué el saltimbanqui a visitarla.

—¡Me muero, Luigi!—dijo—. Trabaja tú para que no les falte el pan a nuestros hijos... Pero procura no gastar el dinero en vicios...

Mandó a los niños que se alejaran, y así que lo hubieron verificado habló a su marido:

—Te perdono—le dijo—. Pero haz lo que te he dicho... Vete a trabajar con los niños y sé bueno para ellos...

—Descuida, mujer.

—Pásate ahora por la oficina del Hospital y entérate cuándo debes venir a buscarme.

Luigi siguió al pie de la letra los consejos que le había dado Soledad, en lo que se refería a salir de la ciudad. En cuanto a lo demás, no fué lo mismo. Vendió los caballos y el carromato, y con el producto de aquella venta marchó a la Argentina, acompañado de sus hijos.

Allí el negocio les fué mal. Desesperado por aquella contrariedad que no le permitía satisfacer plenamente sus vicios, empezó a hacerles objeto de malos tratos. La vida de aquellas dos criaturas fué un martirio constante. Algún tiempo después, la niña, que había cumplido dieciséis años, desapareció sin que su padre volviese a saber más de ella.

Luigi fué de mal en peor. Un negocio sucio abrió para él las puertas de la cárcel, y Carlos, el niño, que contaría más de doce años, se halló solo en la inmensa ciudad.

La pérdida del padre no produjo en él dolor alguno. Al contrario: Le pareció que acababa de quitarse de encima una pesada cadena.

Vivió como pudo. Merodeando por los muelles, robando carbón o cantando. Un día, mientras acechaba la descarga de un barco, se le acercó un hombre. Vestía bien y sonreía al muchacho con amabilidad.

—¿Qué haces por aquí, pequeño?—le preguntó el desconocido.

—Viendo a ver si cae algún trabajo—respondió el chiquillo sin vacilar.

—¿No tienes padres?

—No.

—¡Pobre! ¿Te agradaría entrar de criado en una casa?

—Según.

—Se trata de una casa formal, en la que estarás bastante bien... ¿Te decides?

—Bueno.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí.

—Ya veo que no me había engañado... Tienes cara de listo, y es un mucnacho, así como tú, lo que yo necesito.

El acuerdo fué pronto un hecho. El desconocido se llevó al pequeño aventurero, lo vistió y dejó que pasaran sobre él unos días, con el fin de que se hiciera a aquella nueva vida.

Un día, aquel señor se le quedó mirando fijamente.

—Me gusta lo pronto que has sabido adaptarte—le dijo.

En los ojos del pequeño lució una mirada maliciosa.

—¿Está contento?—preguntó.

—Mucho. Te prometo que haré de ti un gran hombre.

—¿A cambio de qué?—interrogó, imperturbable, el chiquillo.

Una sonrisa indescifrable asomó a los labios de aquel hombre.

—¡Eres más listo de lo que yo creía!—contestó—. Lo que quiero de ti no es hora de que lo sepas todavía.

—¿Por qué?

—A las cosas hay que darles tiempo.

—Esa es su opinión; pero la mía es otra.

—¿Sí?

—Quiero saberlo ahora...

—Muy bien... A partir de ahora, ya no volverás a llamarte Paquito...

—¿No?

—Tu nombre, de aquí en adelante, será Arturo... ¿Comprendes?

—Sí.

—Arturito Ródenas y Alcaraz.

—Bueno... Nombre por nombre, lo mismo me da uno que otro.

—Claro es que, al cambiar de nombre, has cambiado también de lugar de tu nacimiento.

—¿Pues de dónde he de ser ahora?

—De Segovia.

—No lo olvidaré.

—Muy pronto volveremos a España. Allí serás rico, tendrás millones a tu disposición...

—Me gusta el plan... Y supongo que allí tendré que llamarme Arturo Ródenas...

—Y Alcaraz.

—De acuerdo.

—Dirás también, a todo el que te preguntase, que tú saliste de Segovia siendo muy pequeño..., cuando tenías cinco años. Una cosa que no has de olvidar; es decir, que embarcaste con un señor que se llamaba Víctor Ruiz, para que te llevase al lado de tu padre.

—¿Vive ese señor?

—¿Quién?

—Ese don Víctor.

—No te preocupes... Después dirás a todos que el barco donde ibas naufragó...

—¡Valiente historia!

—Como verás, es interesante... Para todos ha de ser que tú lograste salvarte en unión del contramaestre, porque a los dos os recogió otro vapor. Después, tu vida ha sido muy azarosa, puesto que has ido con él de un lado para otro, hasta que ha podido acompañarte a tu país.

—Todo eso es bonito; no lo niego... Pero yo, lo que quisiera saber, es por qué tengo necesidad de decir todas esas cosas...

—Muy sencillo, Arturito... Tú vas a sustituir a un niño al que le han ocurrido todas esas cosas.

—¿Y cómo voy a pasar por él, si consiguió salvarse?

—Te equivocas... El niño ese murió.

—¡Ah!

—Si no hubiera muerto, tendría que heredar a una tía riquísima...

—Me parece que empiezo a comprender...

—¡Como que es muy sencillo! Tú pasarás por él, y cuando ella muera heredarás una gran fortuna.

El entrecejo del niño se frunció de una manera violenta, señal inequívoca de que su cerebro trabajaba intensamente.

—Una pregunta—exclamó.

—¿Qué es?

—¿Por qué tiene usted tanto interés en que yo sea rico?

Una carcajada escapó de la garganta de aquel hombre.

—No te creas que lo hago a tontas y a locas. Mi interés consiste en que, cuando tú heredes, la mitad de esa herencia la repartirás conmigo...

—¡Ya decía yo!

En días sucesivos, el protector de Paquito le fué instruyendo concienzudamente de la forma en que había de desempeñar mejor su papel.

Cuando ya estuvo seguro de que no había de olvidar el niño ningún detalle, acudió el desconocido un día a su casa, acompañado de un contramaestre.

—Este es el niño—dijo, presentándole a Paquito.

—Muy bien—contestó el marino—. ¿Cuándo salimos?

—En el primer vapor.

—¿Y usted?

—También. Iremos juntos; pero es condición indispensable que seamos completamente desconocidos el uno para el otro.

—Conforme.

—¿A quién he de entregar el pequeño?

—A don Fernando Ródenas, que espera en Madrid.

—¿Lo sabe él?

—Sí.

El viaje se llevó a cabo sin que ocurriese incidente alguno. Durante la travesía, Paquito habíase perfeccionado notablemente en el papel que muy pronto había de verse obligado a desempeñar.

No pensó ni un instante en que aquello que iba a hacer constituía un delito. La visión de que su vida de golfillo había acabado, para ser sustituída por otra, cómoda y regalona, bastaba para acallar sus débiles escrúpulos en el caso de que los hubiese sentido.

Cuando llegaron a Madrid, Fernando se hizo cargo del niño. A través de los días lo fué instruyendo de cómo se llamaban sus padres supuestos, e hizo desfilar por la imaginación de Paquito detalle por detalle, toda la vida que el hijo de la infortunada Carmina había llevado.

No olvidó suceso alguno. La escena del descubrimiento del abuelo asesinado le fué referida una vez y otra. Cuando ya lo consideró a punto, se trasladó con él a Segovia, para que pudiera conocer, de "visú", la casa donde había vivido.

Suficientemente instruído, decidió el traslado definitivo del niño a Segovia. A nadie le extrañó que la fisonomía del pseudo Arturito hubiese cambiado tanto. Don Armando, al hacerse cargo de él, las primeras gestiones que realizó fueron conducentes a averiguar el paradero de la tía Dolores. Una vez conseguido y a petición de ella, el niño fué trasladado a América, donde dicha señora residía.

Con habilidad suma, Arturito supo captarse las simpatías de ella, que bien pronto sólo vió por los ojos de su sobrino. A su regreso a Segovia, ya era un hombre educado.

Todo el plan que hemos referido, fué tramado por el padre de Fernando que, como se ve, supo llevarlo a la práctica inmejorablemente.

Capítulo XXI

PREPARANDO LA COARTADA

Una vez que Arturito se hubo repuesto de la gran impresión que las palabras de Leonor le habían causado, corrió en busca de sus cómplices.

Al verle entrar, sumamente pálido, temieron que algo extraordinariamente grave le hubiese ocurrido.

—¿Qué pasa?—le preguntaron.

—Una cosa terrible—contestó él cuando hubo recobrado el aliento.

—Explícate—dijo Fernando.

—Lo ocurrido es, que todo el tinglado se viene abajo.

—¿Cómo?

—Leonor Riaño lo sabe todo.

—Imposible.

—Sí..., ¿verdad?

—Yo lo encuentro bien fácil—exclamó Guillermo—. Es más: lo esperaba.

—¿Puede saberse por qué?—preguntó Arturito, desconcertado.

—¡Claro que sí! Desde que vi a Rafael Urbina por vez primera a su lado, comprendí que ella se había enamorado de él.

Las manos de Arturito se crisparon con un movimiento de rabia.

—Lo suponía—exclamó con ira—. Pero, ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Mucho. Hay algo que tú ignoras y que es preciso que sepas.

—¿Qué es?

—Rafael Urbina es el auténtico Arturito Ródenas.

Un rayo que hubiera caído a los pies mismos del usurpador, no le hubiese hecho más efecto que aquella noticia, disparada así, a quema ropa.

—A mí me dijeron ustedes que había muerto—balbuceó, aterrado.

—Sí... Pero no era verdad.

—Entonces..., ¿qué es lo que me queda que hacer sino huir?

—Despacio, despacio—aconsejó Fernando—. Las cosas no se pueden tomar por el lado trágico...

—¡Ah! ¿No?

—En absoluto.

—Pues no le veo otra salida.

—Eso estaría bien pensado, si no estuviésemos aquí nosotros... Verdaderamente, esto constituye, para todos, una sorpresa, puesto que lo creíamos muerto... ¿No has notado lo mucho que se parece a su padre?

—Sí.

—Esto me hace pensar, que la fotografía que tú tienes de él, hay que hacerla desaparecer en seguida.

—¿Cree usted que eso es necesario?

—Sí...

—Yo creo, en cambio, que no adelantaremos nada con ello.

—¿Por qué?

—Leonor tiene otra igual.

—No importa... Ahora rompe tú esa... La de ella ya la haremos desaparecer también... Ahora dime cómo te has enterado de que esa muchacha lo sabe todo.

Arturito refirió detalladamente cuanto había sucedido en casa de don Armando.

—Eso no hace más que confirmar mis primeras sospechas—interrumpió Fernando—. Rafael debe haberle confiado a Leonor su secreto... Desde luego, el peligro es grande...

—¿Verdad que sí?

—Naturalmente; pero no se trata, ni mucho menos, de un caso desesperado. Voy a suponer que él intente reivindicar su nombre. ¿Quién le dará crédito? Sólo tiene, como prueba a su favor, su parecido con el padre; pero como a éste no le conocía aquí casi nadie...

—¿Y don Armando?

—Sí... Pero con ese anciano tenemos descartado el peligro... Está ciego.

—Entonces, ¿qué me aconseja que haga?

—Nada. Tu vida fastuosa debe de ser igual a la pasada... Nada debe hacértela variar...

—¿He de salir para Cádiz?

—Sí; mañana. Ante todo, lo que interesa es que tu tía Dolores no se encuentre sin ti al desembarcar... Lo demás ya lo arreglaremos.

—¿Cómo?

—¡Oh! Ya veremos. No creo que sea una cosa nada difícil el tenderle un lazo. Seguramente, que cuando regreses, ya habremos hecho algo para que ingrese en la cárcel...

—¡No veo la manera!

—¿Te olvidas de los billetes falsos?

—¡Ah!

La preocupación que aparecía reflejada en el rostro del joven, quedó barrida ante las últimas palabras de Fernando.

—¡Buena idea! Pero ahora se me ocurre una dificultad.

—¿Cuál?

—Leonor lo sabe también.

—Con ella no hay cuidado. Cuesta poco trabajo inutilizarla.

Arturito movió a un lado y a otro la cabeza en un movimiento denegatorio.

—No me convence eso—repuso—. Ella deben dejármela a mí.

—¡Valiente cosa harías!

—¿No lo cree?

—No. Estás enamorado de ella, y eso es una mala cosa.

—Pues no olvide una cosa.

—¿Cuál?

—Que yo soy de aquellos que no perdonan ni olvidan tampoco.

—¡Bah! De nada sirve eso cuando anda por en medio el amor. Te lo dice quien tiene experiencia sobre ello.

—Hablemos de otra cosa—interrumpió la madre de Fernando.

—Sí; es verdad—respondió éste—. Tú sigues siendo Arturito, sin preocuparte de nada. Tu vida no puede variar en lo más mínimo, y, por lo tanto, seguirás visitando frecuentemente el Casino, e irás también a ver a Leonor.

—¿A ella?

—Sí. ¿Por qué no? Al enemigo hay que darle la cara.

—¿Y si me vuelve a preguntar?

—Ríete de ella y de su pregunta.

Se acercó a Juan, que escuchaba a su hijo en silencio y le dió las órdenes oportunas.

—Tú, padre, saldrás mañana para Madrid, donde te entrevistarás con el "Moreno"... Y, sobre todo, no perder los ánimos...

Sin perder un átomo de su tranquilidad, salió Fernando de la casa. Una hora después hacía su entrada en el Casino, en el cual Rafael Urbina dialogaba con Arturito.

El joven escritor desconocía lo que le

había ocurrido a su interlocutor en casa de su novia.

—¿Qué le parece la vida en esta ciudad?—le preguntó Arturito.

—Tranquila. Demasiado tranquila.

—¿Ha vivido usted siempre en Madrid?

—Sí. Es decir, exceptuando mi niñez.

—¿Sin viajar nada? No se parece a mí.

—¿Lo ha hecho?

—Ya he recorrido medio mundo.

—Yo no recuerdo de otro viaje sino de uno que hice embarcado—afirmó Rafael.

—¿Muy lejos?

—A América... Pero no llegué. El barco que me conducía naufragó.

—Por lo que veo, es usted muy amigo de don Armando—le dijo.

—Bastante — respondió Fernando, sin inmutarse—. Puede decirse que casi puedo considerarme de la familia.

—¿De la familia?

—Sí. ¿No sabe que el padre de Carmina Alcaraz lo era adoptivo mío?

—Sí.

—Pues don Armando, que era íntimo amigo del padre de Carmina, lo es también mío. En realidad, puedo considerarlo como un pariente.

Rafael Urbina se le quedó mirando atentamente.

—¡Oh, qué casualidad!—exclamó Arturito con entera tranquilidad— Lo mismo que yo.

Rafael Urbina quedó atónito ante aquel alarde de cinismo. Ya iba a contestar, cuando vió a Fernando que se le acercaba.

—¿Qué tal, señor Urbina?

—Pasando aquí los días como un huésped molesto—replicó éste.

—No lo será para nosotros. Segovia entera se siente honrada con su presencia en la vieja ciudad.

Agradeció Rafael el elogio con un movimiento de cabeza, y procuró imprimirle a la conversación nuevos rumbos.

—¿Quiso usted mucho a esa mujer?—preguntó.

—¿A quién? ¿A la madre de Arturito?

—Sí.

—Bastante. Como hermanos.

—¿Recuerda cómo era?

—Naturalmente.

Del corazón le llegó a los labios una pregunta.

—¿Se parecía a alguno de los que están aquí?—dijo, conmovido.

—¡Han pasado ya tantos años!

Notó Fernando que Arturito temblaba como un azogado, y aprovechó aquel dato para cortar aquel diálogo.

—No hablemos de esto—dijo, acercán-

dose a Rafael—. Arturito se impresiona demasiado y fíjese cómo tiembla.

—Sí... Es verdad—repuso Urbina mirando al indicado—. Es que me han contado ya esta historia tantas veces, que ha llegado a interesarme...

Aquella conversación había puesto de relieve a Rafael lo difícil que iba a serle probar su personalidad.

Fernando y Arturito se despidieron cortésmente de él.

—¿Qué piensa ahora?—preguntó el segundo.

—Nada. Trataba de buscar una explicación a la conducta extraña de este hombre.

—¿Y no la encuentra?

—No.

—Entonces...

—No te preocupes. La consecuencia que he sacado es la que es un hombre bastante impresionable, por lo cual podremos hacer de él lo que se nos antoje... Tú, mañana, a buscar a tu tía.

Llenos de confianza los dos, se alejaron en direcciones opuestas.

Capítulo XXII

TAL PARA CUAL

A la mañana siguiente, Juan Rivas, padre de Fernando, y Paquito; es decir, Arturito, salieron en el primer tren con dirección a Madrid.

El viaje de Juan tenía como objeto cumplir el encargo que su hijo le había hecho, y en cuanto al joven, seguiría su viaje a Cádiz para recoger a su tía.

Apenas hubo comido, Juan Rivas llamó a un taxímetro, y entrando en él se dirigió a un soberbio hotel de la Ciudad Lineal. Cuando ya estuvo cerca de la casa donde iba, hizo parar el auto, y tras de haberle pagado lo despidió.

—No quiero testigos—murmuró.

Así que lo hubo visto desaparecer, continuó andando su camino, hasta que se detuvo frente a una verja.

—Aquí es—se dijo.

Llamó, y a los pocos instantes apareció en el jardín un individuo. A primera vista parecía un caballero, cuya edad oscilaría alrededor de los cuarenta y cinco años.

—¿Hay alguien?—le preguntó Juan.

—No. Precisamente llegas en el momento en que he mandado al criado a unos recados.

Mientras que hablaba había franqueado la entrada.

—Pasemos allá dentro—dijo.

Precedió a Juan hasta un lindo gabinete, y así que ambos se hubieron sentado, el dueño de la casa interrogó:

—¿Qué te trae hoy por aquí?

—Varias cosas—repuso Juan—. La primera, ajustar cuentas.

—No son muy lozanas esta vez...

—¿No? ¿Cuánto has despachado?

—Poco.

—¿Por qué?

—Esta última emisión ha resultado muy defectuosa y la gente está escamadísima.

—Mucho miedo tienes.

—¿Lo crees?

—¡Claro! Desafío a quien quiera hacerme ver la diferencia que hay entre un billete de los nuestros y uno legítimo.

—No lo dudo, Juan... Pero, por si las moscas, hay que ser prudentes. Desde luego, antes de irte liquidaremos.

—Conforme.

—Recibí una carta tuya.

—Sí. No quise decirte en ella de lo que se trataba por si caía en manos extrañas.

—¿Qué es?

—Necesitas marchar de Madrid.

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí.

—¿Adónde he de ir?

—A Segovia.

—¿Para qué?

—¡Cuánto preguntas hoy!

—Es necesario.

—Bueno; pues irás allí y te instalarás en el mejor hotel, como un turista a quien le sobra el dinero.

—Ya me va gustando el plan.

—Como eres entendido en arquitectura y monumentos, te interesarás por visitar los de aquella ciudad.

—¿Para qué?

—Te acompañarán, seguramente, algunos eruditos. Y ahora dime: ¿Serías todavía capaz de sacarle a alguien la cartera del bolsillo sin que lo notase?

—¡Vaya!

—Pues entonces atiende estas instrucciones. Cuando hayas llegado a Segovia e instalado en el hotel, procurarás qui-

(Se continuará.)

Los aventureros de París

por Guy de Teramond

Apasionante narración de intrigas y amores, de crímenes y delitos misteriosos, de triunfos detectivescos y maravillosas descripciones del ambiente mundano y cosmopolita

El genial novelista francés se ha superado a sí mismo en la creación de tipos admirables y sugestivos, como la condesa de van der Sée, el caballero di Torno, el detective Magroule, los hermanos Stampa, el duque de Strenzzi y otros que, aun siendo tipos secundarios, tienen un relieve y un vigor tan acentuado que se graban de un modo indeleble en la mente de los lectores

Esta magnífica obra ha sido editada en DIEZ cuadernos al precio de **30 céntimos** ejemplar.-Colección completa: **2 ptas.**

El rey de los boxeadores

Marcel Dunot, «El rey de los boxeadores», es un joven dotado de valor y audacia extraordinarios; inalterable ante las más difíciles circunstancias, afronta con serenidad, ingenio y osadía, peligros enormes y situaciones espantosas, saliendo siempre triunfante

Campeón mundial de boxeo, buscador de oro, fogonero y capitán de navío, presidente de una pequeña república americana y prisionero de guerra, su vida es una sucesión continua de hazañas maravillosas

Esta admirable novela de **José Moselli**, forma una colección de 30 cuadernos, a **30 céntimos** cada uno.-Colección: **7 ptas.**